

CONVERGENCIAS SENDERIANAS. EN TORNO A RAMÓN J. SENDER Y SUS COETÁNEOS. HOMENAJE A CHARLES L. KING¹

Mary S. VÁSQUEZ²

Dio gusto, nos emocionó a Marshall Schneider y a la que escribe estas líneas estar de regreso en Huesca, la *Urbs Victrix Osca* romana, con motivo de la presentación en dicha ciudad del libro *Ramón J. Sender y sus coetáneos. Homenaje a Charles L. King / Ramón J. Sender and His Contemporaries. Essays in Honor of Charles L. King* y gracias a la amable y generosa invitación del Instituto de Estudios Altoaragoneses y de su Proyecto Sender, del director del Instituto, don Bizén d'o Río Martínez, así como del doctor don Fermín Gil Encabo, director de publicaciones del mismo. También a Teresa Sas Bernad y Ester Puyol Ibort, encargadas de todos los arreglos para nuestro viaje a Huesca. A través de los varios años de colaboración en el presente proyecto, y en modo muy especial en mi caso, ya que era Teresa Sas mi punto de contacto en el Instituto, el del proyecto del libro, iban continuamente en aumento nuestra estima y aprecio por Teresa Sas y sus compañeros del Instituto, por su dedicación, su máxima profesionalidad, el esmero de su trabajo en esta edición. A Marta Puyol, que hizo el montaje del libro en sus aspectos técnicos, nuestras felicitades por un trabajo muy logrado. A todas estas personas, nuestro agradecimiento más profundo.

* * *

La última vez que tuve la oportunidad de visitar la hermosa, culta y acogedora Huesca fue en la primavera del 95, con motivo del excelente y riguroso Congreso celebrado en torno al legado de Ramón J. Sender. El Instituto de Estudios Altoaragoneses y el Comité Científico del Congreso, presidido por el doctor don

¹ Conferencia impartida en Huesca, el 25 de marzo de 1999, con motivo de la presentación del libro *Ramón J. Sender y sus coetáneos. Homenaje a Charles L. King - Ramón J. Sender and His Contemporaries. Essays in Honor of Charles L. King* (Marshall J. SCHNEIDER y Mary S. VÁSQUEZ, eds., Huesca - Davidson, NC, Instituto de Estudios Altoaragoneses - Davidson College, 1998).

² Davidson College. Davidson, North Carolina.

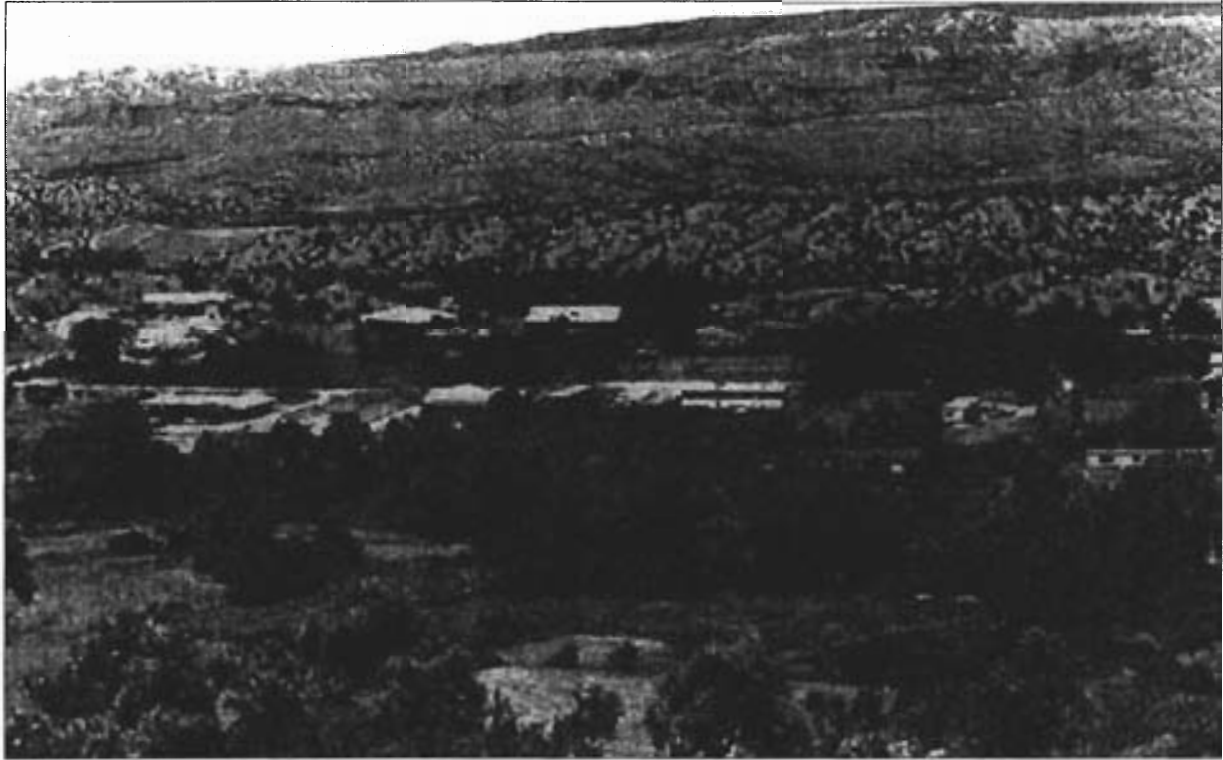
José-Carlos Mainer —catedrático de la Universidad de Zaragoza y una de las figuras más respetadas del hispanismo internacional—, con la ayuda patrocinadora de ilustradas instituciones de la región —el Gobierno de Aragón, la Diputación de Huesca e IberCaja—, demostraron sin lugar a dudas el vigor y el calibre de su actividad en pro de la cultura del Alto Aragón, su merecido prestigio y el alto nivel intelectual y cultural de su Proyecto Sender.

Un día durante el Congreso nos llevaron a los participantes por tierras aragonesas cercanas a Huesca y específicamente a los pueblos de Sender: Chalamera y Alcolea. Volví, pues, a estas tierras visitadas durante mis tiempos de estudiante en España. Viajando por ellas, uno no puede menos de reflexionar en lo que han aportado a España, a nuestro mundo, estas tierras aragonesas. Tierras de una gran riqueza monumental románica, del castillo de Loarre, de pueblos únicos, entrañables. Aínsa con su *Morisma*, Graus con su plaza Mayor de fachadas y adornos dieciochescos, Ayerbe con sus balcones y su celebrada repostería, los pueblos abandonados: Burgasé, Yeba..., tantos pueblos irrepetibles que, aunque ya callados, tanto nos pueden enseñar. Tierras de Miguel Servet, de Gracián, del inmortal Goya, de Joaquín Costa. De Ramón y Cajal, de Ramón Acín, de Saura. Tierras de Buenaventura Durruti, de los mejores teóricos del anarquismo español. De mi buen amigo Francisco Carrasquer Launed, de Albalate, senderiano si los hay. Del otro buen amigo, Jesús Vived Mairal, biógrafo de don Ramón, cuyo estudio definitivo de la vida del autor, fruto de dos décadas de investigación rigurosa y exhaustiva y de un espíritu e intelecto que buscan siempre la justicia, esperamos con entusiasmo todos los senderianos.³ Tierras de Benjamín Jarnés. De Ramón J. Sender.

Pensé durante aquellas visitas en las vivencias íntimas que don Ramón habría encontrado en Nuevo México durante los años que pasó allí a partir del 42, cuando llegó a Highlands University desde México, para pasar luego a Albuquerque, donde estuvo de profesor por muchos años. Nuevo México es un estado de grandes contrastes: monte agreste, verdoso valle, desierto sureño, lindando ya con México. Es una tierra donde muchas personas sueñan en dos idiomas, si no en tres. Tierra de indígenas, de españoles, de mexicanos, de conversos, de allegados más recientes que han venido en busca de sol, aventura, fortuna (aunque, si se ha pretendido que ésta fuera económica, ha sido siempre huidiza en Nuevo México).

Durante su larga temporada de convivencia, Sender viajó numerosas veces a Santa Fe y a los pueblos de la sierra norteña del estado, saliendo de esta capital que lo ha sido desde los tiempos de los españoles, que tan profunda huella dejaron. Para conocer esta tierra de rancheros y granjeros, de gente independiente, fuerte, que ha sabido ganarse la vida en un paisaje parco y duro, uno sube primero a Española, pueblo de mercaderes, y luego, siempre para arriba, por Santa Cruz, Chima-

³ Entrega anticipada de lo que será la biografía de Jesús VIVED es su artículo monográfico «La vida de Ramón J. Sender al hilo de su obra», publicado en *Alazet*, 4 (1992), pp. 231-270.



Paisajes de Nuevo México, al norte de Santa Fe. Tierras recorridas por Ramón J. Sender.

yó, con su famoso santuario y su pasado de cofradías,⁴ de ritos de Semana Santa tan verosímiles que hubo quien no salió con vida habiéndole tocado el honor de desempeñar el papel del Crucificado, Cordova, Las Truchas,⁵ Ojo Sarco (*sic*), Trampas —pequeño pueblo alto, de pocas casas, que se alinean a lo largo de la carretera y del espinazo de la sierra, en mal estado su iglesia del siglo XVIII, y el eternamente presente viento que corre, corre, llevándose y devolviendo los recuerdos— y, luego, Llano, Rodarte, Vadito, Peñasco, Chamisal (*sic*).

Son pueblos pobres pero de herencia antigua y digna de alabanza. Jura la gente de esta sierra norteña haber visto cabalgar a *don Quixote* en las noches de lluvia y tormenta. Y aquí se oye la sonora lengua cervantina conservada en muchos de sus giros lopescos, quevedescos y calderonianos y matizada por la convivencia con otras ramas del floreado árbol que es el variadísimo mundo hispánico de las Américas. De hecho, una parte significativa de la labor docente en el Sudoeste estadounidense, donde tuve el privilegio de pasar muchos años de mi vida, es el dar a conocer, y a reconocer, entre la generación joven, hispana y mayoritaria, la riqueza de la herencia lingüística y cultural de la región, tarea que don Ramón habrá emprendido en Highlands y Albuquerque no sólo con conocimiento de causa sino con convicción. (Tontamente, desde su ignorancia, muchos maestros y profesores de instituto no hispanos, e incluso los que lo han sido, han tachado de defectuoso, manco, pobre este español del Sudoeste, sin poder oír en sus giros antiguos los ecos de los gigantes de las letras.)

De los estados de Aztlán, la mítica tierra azteca hecha emblema y patria simbólica del movimiento chicano en Estados Unidos, el que más intensamente ha fraguado una cultura múltiple durante siglos de aislamiento y convivencia, de aspereza de condiciones, de insistencia en la conservación de la herencia y resistencia al cambio, ha sido este Nuevo México senderiano. En ella hallaba vivo el recuerdo de su Aragón, el Aragón cuyas ripas y ríos, tradiciones y ritmos de vida cantó en *Crónica del alba* —obra iniciada en México y concluida en el norte— y cuyos pueblos

⁴ El libro de Elizabeth KAY *Chimayo Valley Traditions* (Santa Fe, Nuevo México, Ancient City Press, 1987) recoge la historia española de Chimayó, el sustrato legendario indígena y una equilibrada aproximación a la controvertida tradición de los penitentes. Incluye 21 dibujos realizados por la autora.

⁵ Representativo de la evocación ensayística de la región por sus allegados, los que la han elegido, a diferencia de los ya arraigados por herencia, es el texto *Truchas... Village with a View. Life in a Spanish Village, Featuring Special Truchas Recipes* (Truchas, Nuevo México, Tate Gallery, 2ª ed., 1972). El texto viene acompañado de 18 dibujos del artista. Tate evoca el aislamiento, la soledad, el espíritu comunitario y la dependencia que de él habrán experimentado los españoles de los siglos XVI a XIX y que habrán encontrado eco en el Sender recién exiliado. Recuerda el autor así el momento en que eligió como suya la tierra de Las Truchas:

«Estacioné [el camión antiguo] junto a un calvario viejo, una cruz de penitente que resaltaba de las rocas, colgada precariamente al borde del precipicio. Su presencia sólo servía para aumentar el misterio de este santuario everestiano en la cima del mundo.

La nieve se amontonaba en los lomos de los caballos peludos, hirsutos. Parados junto al granero viejo hecho de troncos de madera, con techo de paja amarilla, emanaban humo.

Ya había oscurecido cuando llegué a casa [en Santa Fe] esa noche y anuncié que era allí [en Las Truchas] donde íbamos a vivir» (p. 9; traducción mía).

campesinos celebró en el *Réquiem por un campesino español*. La tierra y su gente lo habrán consolado en alguna medida de la ausencia, la derrota, las rupturas de varia índole que llevaba a cuestas, de la añoranza que lo acompañó siempre.

Tuve el privilegio de ser alumna de Sender durante su estancia en Seattle, bella ciudad de repetidas confluencias de lagos y tierra, ciudad pacífica, de vida tranquila, cuya universidad y barrio universitario se estaban convirtiendo, en aquel momento senderiano, en foco de radicalismo político y protesta contra la guerra de Vietnam, en el segundo Berkeley que pronto llegaría a ser. Me matriculé en las dos clases impartidas en la Universidad de Washington por don Ramón sobre literatura española del siglo XX. Hablaba pausadamente, no sé si por costumbre de toda la vida o por aquella generosa falta de prisa que otorgan los años, en ese momento casi setenta ya. Hablaba con respeto de otros escritores, aunque no se nos escapó la omisión de don Miguel de Unamuno de la lista de lecturas requeridas, y cuando le preguntamos un día quiénes eran los escritores españoles del siglo actual que más apreciaba sonrió y nos dijo con alguna chispa en los ojos: «Todos». Notábamos que había temas que esquivaba, cosas de la guerra principalmente. Y que sus ojos chispeantes se le tornaban tiernos al hablar de su Aragón natal. Leímos *Crónica del alba* y el *Réquiem* y, al evocar don Ramón las vivencias íntimas que había detrás de estas dos joyas suyas, al contarnos anécdotas de su niñez y juventud aragonesas y situarlas en los pueblos de esta tierra suya, se le humedecía la vista. Había otra cosa en don Ramón, una callada tristeza por encima y por debajo de su postura innegablemente fuerte y que a veces contrastaba con ella. A través de los años, con el aprendizaje vital que aportaron, me iba dando cuenta de que ese algo había sido soledad. La soledad del exiliado, la continua presencia de una ausencia. Y por lo tanto no es accidental que Ramón J. Sender haya elegido pasar tantos años de esa acompañada soledad en Nuevo México, lo más próximo a Aragón en Estados Unidos.

Tampoco puede ser accidental, creo yo, que fuera Nuevo México la patria chica del profesor Charles L. King, la tierra que nutrió al senderiano pionero en Estados Unidos y, por ello, nuestro homenajeado en el presente volumen. El doctor King, hijo de rancheros, creció aprendiendo a realizar las faenas propias del oficio, faenas de la tierra que seguían los ritmos naturales de las temporadas. Atraído por las letras, King cursó estudios universitarios en su tierra natal y obtuvo posteriormente la maestría y el doctorado. La tesina de maestría y la tesis doctoral versaron sobre Ramón J. Sender. King se doctoró por la Universidad de California del Sur, en la que don Ramón ejercería durante años la labor docente tras su jubilación de la Universidad de Nuevo México.

King sostuvo una larga correspondencia con Ramón J. Sender, de la que incluimos una muestra en nuestro libro. Son cartas, las senderianas, poco efusivas, que van al grano, con poca expansión y nada de adorno. No hay en ellas palabras gratuitas ni hay dobleces ni segundas intenciones. Se aferra Sender al tema en cuestión. Las cartas están escritas casi siempre a máquina, llenas de descuidos, como si a don Ramón le importara poco su forma. Sender anima a King, critica a veces un manuscrito,

señalando un camino a seguir. Es franco, directo, acusando con su tono la consabida, mítica, tópica honradez aragonesa. El doctor King, generoso, puso en nuestras manos los originales de estas cartas para que nos quedáramos con ellos. Este gesto de su parte ha sido representativo de toda nuestra interacción con nuestro homenajeado.

Cuando íbamos a cierto congreso celebrado periódicamente en Boulder, Colorado, sede de la Universidad de Colorado, donde el doctor King ejerció la profesión de hispanista y fue jefe del departamento de hispánicas, ahora uno de los más distinguidos del país, ciudad liberal en una región conservadora, allí nos reuníamos con el doctor King para almorzar y hablar largo y tendido del tema predilecto del homenajeado: Ramón J. Sender. Con sus sagaces y sabios estudios de la obra senderiana —de modo especial, de *La esfera*—, King nos marcó la pauta a sucesivas promociones de senderianos.⁶ Es en gran parte por su ejemplo, su dirección e inspiración por lo que hay hoy en Estados Unidos una actividad intelectual continua, y que va en aumento, en torno al escritor de Chalamera. Especialmente alentador es el nivel de actividad crítica de parte de la nueva generación de hispanistas. *Letras Peninsulares*, que celebra en la primavera del 99 sus diez años de publicación y proyecta para el centenario de Sender en el 2001 otro monográfico dedicado a él, recibe ya con mucha regularidad manuscritos sobre temas senderianos. Este fenómeno se debe, en una parte no pequeña, al ejemplo del doctor King, aunque el hispanismo joven no se dé cuenta de ello, precisamente por esa transmisión cultural por la que parece natural lo que en su momento fue la contracorriente. Charles King, al hacer la primera tesis doctoral en Estados Unidos sobre don Ramón, al dedicarse durante toda su actividad profesional a Sender más que a ningún otro escritor, lejos de seguir una moda, como tantos críticos, optó por un autor que casi no tenía entonces estudiosos allí. Porque don Ramón mismo, con su independencia intelectual e ideológica, independencia a veces feroz, agreste como el paisaje de su Aragón y de su tierra de exilio en Nuevo México, iba también a contracorriente, escribía a contrapelo, importándole poco o nada las obsesiones del momento de la intelectualidad, obsesiones que sabía de corta duración, tornadizas como sus practicantes mismos. Sender era más entero, íntegro, constante aun dentro de una trayectoria vital e intelectual que posee una gran complejidad y por la que fluyen unas corrientes permanentes, una cualidad orgánica que hace de elementos dispares un cuerpo, único, de perfiles netos y claros.

Al querer homenajear a don Carlos King, por cuya labor crítica ambos nos habíamos enriquecido, nos parecieron prometedores, como eje del proyecto, las múltiples encrucijadas, con sus respectivas convivencias, que tuvo Ramón J. Sender en el transcurso de su vida larga, polémica, compleja. Los coetáneos de nuestro título son los que acompañaron a don Ramón, fuera intelectual, política, estética, humana o simbólicamente, en momentos cruciales de su quehacer creativo y humano. El fo-

⁶ Las muchas aportaciones del doctor King a la crítica senderiana van anotadas en las bibliografías senderianas de Elizabeth ESPADAS, en *Ramón J. Sender y sus coetáneos* (bibliografía que recoge la crítica publicada entre 1985 y 1998, acompañada de un ensayo bibliográfico) y en el *Homenaje a Ramón J. Sender, 1901-1982* (Newark, Delaware, Juan de la Cuesta Hispanic Monographs, 1987).

mento de los años treinta, Díaz Fernández y su intento en el Nuevo Romanticismo de salvar el cisma entre individuo y entorno, entre el experimento estético y la responsabilidad social. La confluencia artística paneuropea. La filiación anarquista y comunista. La guerra y el adolorido documento que es el supuestamente propagandístico *Contraataque*, texto desigual, lírico, cruzado y encontrado. Ruptura, separación y exilio. El *Réquiem*, la obra senderiana que más atención crítica ha recibido, siendo un encuentro este texto entre la *stasis* y la discrepancia. Compenetraciones americanas, encuentros míticos a la vez novedosos y caseros. Y, a través de todo, el profundo sentido popular de Ramón J. Sender, casado con un escueto lirismo de filósofo y poeta. En uno de sus diálogos con Marcelino Peñuelas que aparecen en el texto *Conversaciones con Ramón J. Sender* (1970), don Ramón afirma lo siguiente: «[S]iempre he estado a gusto en medio de lo popular español. Y en lo popular está la raíz de lo histórico. Y de los grandes mitos omnipresentes, con el pasado y el futuro implícitos. Tal vez la tarea más útil del escritor, hoy por hoy, consista en aprender en el tumulto y caos de las multitudes la genuina voluntad y la voz auténtica del pueblo. Difícil y noble misión ésa. Es lo mejor que los escritores podemos tratar de hacer. Yo lo intento a veces. Aunque no lo consigo sino rara vez. Me distraen a veces las sirenas del misterio poético».⁷

Por supuesto que, como sabía Ramón J. Sender y como había sabido Goya, la voz de la sirena y la popular van, en la mejor literatura, hermanadas. El «misterio poético», el planteamiento artístico, que va mucho más allá del mero revestimiento, hace que la verdadera *vox populi*, entendida como las vivencias íntimas, la postura vital y el arranque creativo del pueblo, cobre forma artística, mientras que lo autóctono y genuino del pueblo le da sustancia a la voz poética y le otorga, cuando la tiene, su universalidad. Es en estas coyunturas entre la palabra y el hombre, entre el ímpetu vital y su conceptualización y transmisión literarias, donde se sitúa logradamente en sus mejores momentos —y son muchos— el legado de Ramón J. Sender.

En todos los sentidos, el proyecto *Ramón J. Sender y sus coetáneos* ha servido para la construcción de puentes: entre idiomas y culturas, por la naturaleza bilingüe del volumen, por el copatrocinio del Instituto de Estudios Altoaragoneses y mi universidad, Davidson College, de Carolina del Norte, y la disposición de colaboración de mi anterior destino, la Universidad Estatal de Michigan; por la larga relación entre Ramón J. Sender y Charles L. King, nuestro homenajeado, un español y un norteamericano, y, por fin, por el hermoso trato oscense hacia nosotros dos durante los días de nuestra visita en marzo del 99 para la presentación del libro. Para señalar un puente más, este ensayo continúa con las palabras de mi colega Marshall J. Schneider, cuya labor crítica en torno a Ramón J. Sender respeto y admiro profundamente.

⁷ Marcelino C. PEÑUELAS, *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español, 1970, p. 206.